

mérito propio de ese género de vida, no cabe duda que la contemplativa es la que contiene una verdadera y abundantísima fecundidad para el cielo y la que engendra y produce aquí en la tierra las grandes obras en que Dios es glorificado, alabado y servido, porque la contemplación de Dios hace conocer mejor su infinita hermosura, y la hermosura excita y enciende el amor, y el amor es quien comunica al alma esa ardiente llama y ese fuego vivo y eficaz que la conduce al heroísmo y la sostiene en el sacrificio. Todos los Santos han tenido una gran inclinación y deseo irresistible de conocer á Dios en la contemplación, y por eso quisieron vivir y morir en Él y para Él. Marta sirvió al Señor, y María, además de servirle amándole, le contempló estando en su presencia física y real, y por eso María tuvo la dicha de estar al pié de la cruz.

LA MUJER ENCORVADA, LOS CONVITES DE JESÚS, EL HIDRÓPICO
Y LECCIONES Á LOS FARISEOS

Vino un hombre á suplicar á Jesús que se dignase hacer la partición de una herencia entre él y un hermano suyo, á lo que se negó Jesús, diciendo al suplicante : «*Guárdate de toda avaricia, porque no es la abundancia de bienes que posea el hombre la que le da la vida.*» Y con este motivo propuso la parábola del rico avariento, á quien Dios reclama su alma, mientras que él no piensa más que en aumentar y amontonar riquezas.

Al mismo tiempo insistió Jesús sobre el mérito de la limosna, sobre la confianza en Dios, la humildad y la penitencia, cuyas

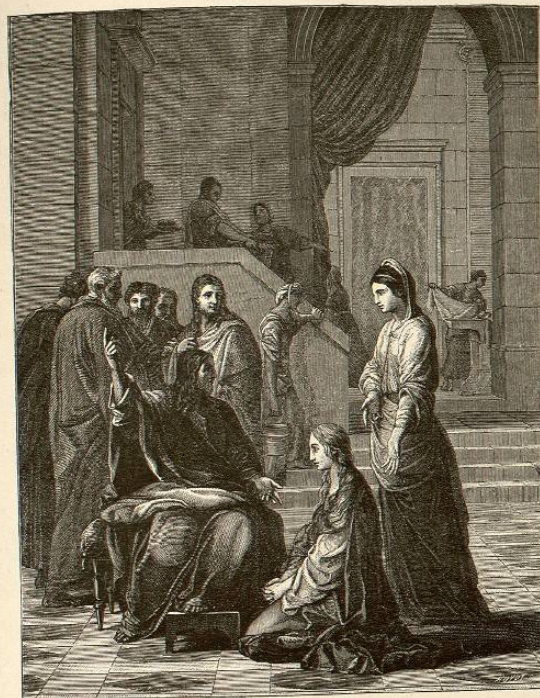


Lámina 70.—Jesús en casa de María y Marta. María, sentada á los piés de Jesús, le oye hablar. Marta se presenta delante de Él y le dice : «Señor, ¿no consideráis que mi hermana me deja enteramente sola para servirlos? Decidla, pues, que venga para ayudarme.» Jesús la respondió afectuosamente : «Marta, Marta, tú te preocupas y estás turbada con muchas cosas; pero al fin no hay más que una sola cosa necesaria. María ha elegido la mejor parte, y no la será quitada.»—Cuadro de Le Sueur.

virtudes deben ser además la ley y norma de las sociedades y pueblos cristianamente constituídos y gobernados; también mez-

cló con esa enseñanza moral algunas profecías concernientes á la Iglesia Católica, á la segunda venida del Hijo de Dios, á la reprobación de los judíos y también á la conversión de éstos, manifestando un celo extraordinario por enseñar por doquiera, sin descanso, en todos los lugares, con cualquiera ocasión, valiéndose de todo suceso ó motivo; pero especialmente se complacía en predicar é instruir el día del Sábado y en las Sinagogas, donde el pueblo se reunía y donde acudía presuroso á oír la palabra de vida que salía de sus dulces y sacratísimos labios, todo lo cual, que debiera servir á los fariseos para moverles á convertirse y á salir de su obstinación, al contrario, excitaba más en su corazón la envidia, la cólera y todos los peores instintos de la venganza.

Hallándose un día en la Sinagoga, vió Jesús entre la multitud una mujer que, por causa de su enfermedad, estaba encorvada hacía dieciocho años, sin poder siquiera levantar la vista hacia arriba; y compadecido de su situación, la dijo: *«Mujer, ya estás libre.»* Y al momento se levantó ella y glorificó á Dios. Por este suceso, el jefe de la Sinagoga se llenó de furor, y no atreviéndose á discutir con el Señor, porque temía sus respuestas, se dirige á la enferma curada y al pueblo, que por ese milagro demostraba su alegría: *«Hay, les dijo, seis días en la semana para trabajar; venid, pues, cualquiera de esos días para conseguir vuestra curación, pero no lo hagáis en el día del Sábado.»*

Á pesar de ese rodeo para evitar su polémica con Jesús, no se libró de la reprensión del Salvador, el cual dijo al momento, lleno de energía y de santo celo: *«Hipócritas, ¿quién hay entre vosotros que no desate su buey ó su asno, y no le saque del establo para llevarle á beber? Y, por lo tanto, ¿no había de ser lícito el curar en Sábado á esta hija de Abraham, á la que el demonio tenía cautiva y esclava hace ya dieciocho años!»* Efectivamente que, bien fuera á causa del pecado de Adán, por el cual entraron en el mundo las enfermedades y la muerte, ó bien por sus propias culpas, esa mujer sufría y estaba atormentada por la malicia y perversa voluntad del demonio, al que Dios ha dejado ese poder para que los hombres sientan el deseo de ser mejores, en vista de que Satanás es malo y enemigo suyo, y que sin cesar está buscando el modo de ejercer sobre ellos su maligna influencia para pervertirlos; y con ese fin hace esfuerzos para arrancarles la esperanza del cielo y de la otra vida, para que sufran aquí en la tierra y no esperen más allá de la muerte; y se complace en tenerlos encorvados y oprimidos para que ni aun sean capaces de levantar sus ojos hacia la patria celestial, y se vean siempre en la triste necesidad de mirar constantemente hacia la tierra, como si fueran brutos. Así, aunque Dios ha formado al hombre recto y derecho y le ha dado en su parte superior una cabeza y colocado en ella los ojos para que, cual dos luceros, mire con ellos al firmamento y á la patria de los justos, Satanás, contrario á Dios y á sus obras, po-

nía todo empeño y malicia en impedir que esa desgraciada mujer mirase á los cielos, en donde de una manera especial brilla la gloria de Dios; y por eso Jesús, movido á compasión, la dijo: «*Ya estás sana.*» Y ella entonó un cántico de alabanza al Señor, y el influjo maligno dejó de ejercerse sobre ella.

El jefe de la Sinagoga, á ejemplo de aquellos que se enfurecieron contra el ciego de nacimiento, aunque testigo de este milagro, no miraba ni atendía á otra cosa que á la gloria que de él reportaría Jesús, lo que le causaba inquietud y envidia, en vez de convertirle á la verdad, y prefería que la infeliz mujer hubiese estado inclinada hacia la tierra, como los brutos, en toda su vida, á verla curada y á que Jesús fuera glorificado y honrado con ese prodigio. Tal es el espíritu de que estaban poseídos también todos los demás jefes de Sinagogas y del que lo están los pastores de las sectas, los autores de los cismas y herejías, los inventores de los sistemas erróneos contrarios al Evangelio y todos los directores de los grandes centros revolucionarios y masónicos, pues todos obedecen á una misma consigna de arruinar y destruir la Iglesia de Jesucristo, que es el arca misteriosa del Nuevo Testamento para salvar las almas del naufragio de la culpa; y todos prefieren y quieren que los pueblos estén oprimidos con las convulsiones sociales y degradados con los vicios y apegados á la tierra como los seres irracionales antes que ver establecido el reinado glorioso de Jesucristo en todos los corazones, y su santa doctrina influyendo en los códigos y

leyes de las naciones, y su divina moral purificando, reformando y enalteciendo las costumbres públicas.

Previendo, pues, Jesús esa guerra sin tregua que sus enemigos habían de levantar en todos tiempos contra su Iglesia santa, dió á ésta instrucciones y enseñanzas convenientes y la prometió su asistencia de lo alto para que entrase en el combate y jamás pudiese ser vencida por el espíritu de las tinieblas; y la Iglesia, en cumplimiento de su divina misión y sin tener en cuenta ni temer las amenazas y asechanzas de sus enemigos, predica, enseña, obra, civiliza, derrama por el mundo las luces de la revelación, ejerce su ministerio de paz y de caridad en bien de los hombres, y sintiéndose cada día más renovada y con nuevas fuerzas que el Espíritu Santo la comunica, marcha hasta el heroísmo, y sus enviados suben las gradas del martirio y sufren generosos y contentos la muerte, á fin de levantar el género humano, encorvado é inclinado por la opresión del vicio y del error hacia la tierra, para que mire hacia el cielo, donde está su verdadera felicidad y grandeza.

Poco tiempo después dió nuevamente Jesús ocasión á sus enemigos para tomar de la conducta de ellos materia con que esclarecer y confirmar el espíritu de las Santas Escrituras en orden á la observancia del Sábado. Entró, pues, en este día festivo á comer en una casa de los fariseos, y todos le miraban y observaban con gran cuidado sus acciones; y en aquel momento se acercó á Jesús un hombre hidrópico que allí había, con

cuyo motivo preguntó Jesús si era permitido curar en día de Sábado. Los doctores de la Ley no respondieron, y visto su silencio, tomó Jesús al hidrópico por la mano, le curó y le despidió, y en seguida, conociendo muy bien los pensamientos de los fariseos, les dijo: «¿Quién hay entre vosotros que si ve que su buey ó su asno se han caído en un pozo el día de Sábado, no vaya al momento corriendo y les saque de allí?» Y ninguno de los que estaban presentes supo qué responder á esa pregunta.

Ese era el cuarto convite en que se presentó Jesús; y lo mismo que había hecho en los otros tres, se ocupó también en enseñar y en hacer obras de misericordia, pues con ese fin asistía á los festines, porque conocía que había necesidad de hacerlo así, puesto que las personas que encontraba en ellos no iban jamás á oírle en la Sinagoga y otros lugares en que predicaba, y, como buen pastor, no quería que algunas de sus ovejas se quedasen sin conocerle y sin oír su voz. Así como la paloma, dice San Agustín, abraza con sus alas á sus polluelos cuando están amenazados por el cazador, así Jesús se aparecía corporalmente en medio de las diversiones y banquetes del mundo, como se aparece ahora con sus llamamientos, sus gracias é inspiraciones á nuestro pensamiento y á nuestro corazón, para recordarnos dónde se halla el verdadero festín y la verdadera alegría, para que nuestra alma, amenazada de vanas ilusiones y de falsos bienes, no se deje vencer ni engañar.

Como Jesús gozaba ya de tanta fama y nombradía, los fari-

seos le recibían en su casa y le invitaban de su propia voluntad, solamente que, en vez de escucharle y creer en Él, no se fijaban más que en observarle, por ver si encontraban en sus palabras ó acciones algo en que pudieran acusarle. Jesús sabía esa intención y esa malicia, áun en el mismo momento en que el hidrópico se acercó y se puso delante de Él con gran fe y con silenciosa oración para que le curase; y los fariseos se preguntaban á sí mismos qué es lo que haría en ese caso el Salvador, y esperan ver algo contra Él; porque si cura al enfermo, decían, quebranta el precepto del Sábado; y si le despide sin curarle, entonces no es misericordioso, como Él se reputa y así quiere persuadirlo al pueblo imbécil é ignorante.

Con preguntarles Jesús si era lícito curar en Sábado, quedaron confundidas sus malas intenciones; y así se vió que ninguno contestó á esa pregunta, y entre ellos se disputaba después si era ó no lícito, afirmándolo unos sólo cuando hay peligro de muerte, sosteniendo otros que, áun cuando no hubiera peligro tan grave, también podía aplicarse algún remedio, sin quebrantar el precepto, y asegurando otros que en ningún caso ni por nada era compatible la curación de enfermos con la observancia y santificación del Sábado. Por todo esto, Jesús, viendo la esterilidad de las disputas humanas y que son un gran impedimento para practicar el bien y la caridad, quiso probarles que podía prescindir de su opinión y consejo, y que tampoco temía su enojo y sus censuras, y les enseñó prácticamente que se san-

tífica muy bien el día de fiesta consagrándole á obras de caridad y de amor de Dios, por lo que curó al enfermo y recompensó así la fe del mismo al buscarle y acercarse á Él, que era el Médico divino y la fuente de salud.

Hizo Jesús mención del buey y del asno al confundir la mala voluntad de los fariseos para recordarles así la profecía de Isaías, que decía : *«El buey ha conocido á su señor, el asno ha conocido el establo de su dueño, y, sin embargo de eso, Israel no me ha conocido á mí.»* El buey atado al yugo es la imagen del pueblo judío, cuyo corazón está ciego y endurecido bajo el yugo de la Ley, y el asno representa al gentilismo, entregado á todos los extravíos, errores y torpezas. Aquel que ha de venir algún día á sacarlos del abismo y degradación en que esos pueblos están metidos es el mismo que á su vista curaba las enfermedades, que libertaba á los cautivos del poder de Satanás y que disipaba todas las tinieblas.

La avaricia era el gran vicio y pasión desastrosa de los judíos, y el hidrópico es la imagen viva de ese vicio capital. El hidrópico se siente abrasado de una sed que le devora, sin que jamás consiga saciarla; una parte de su cuerpo está horriblemente hinchada, mientras que los otros miembros están secos, y de su cuerpo, en que todo se convierte en humores, sale un olor fétido que no puede soportarse. Esa es también la figura del avaro, el cual siempre está inquieto y siempre insaciable de riquezas; en la abundancia es pobre y miserable, sus sentimien-

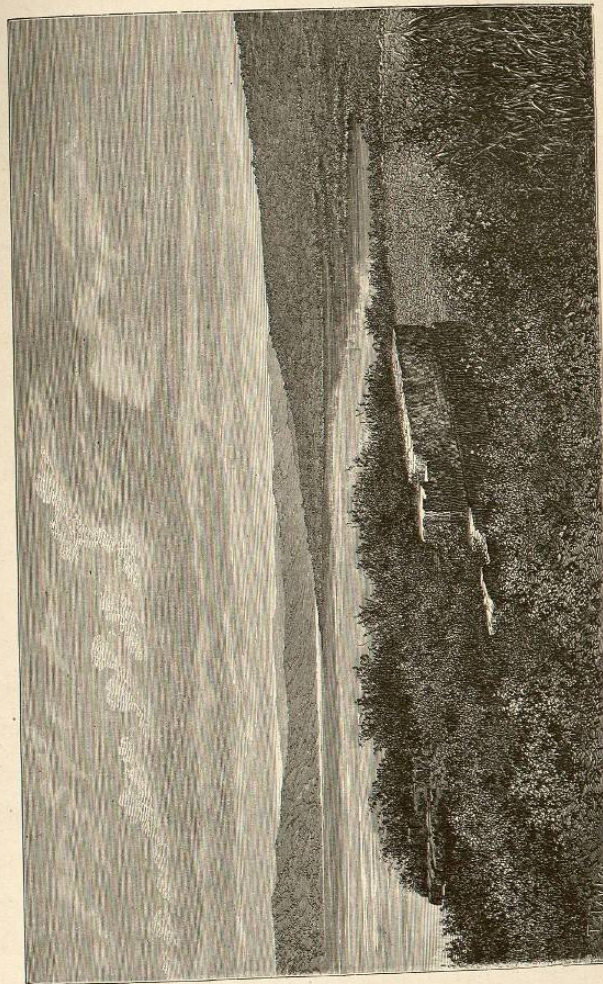


Lámina 71.—Vista del lago de Tiberides y su estado actual, según una fotografía. La mayor parte de los milleros y enseñanzas de Jesucristo tuvieron lugar cerca de ese lago.

tos son mezquinos, y en su entendimiento no hay una idea noble ni otro pensamiento que el del lucro, aspirando sin cesar á llenarse de montones de oro, que le hinchan y que al fin le quitan la vida. Por eso San Pablo dice terminantemente que la avaricia es una idolatría, y ese mal tan grave sólo Jesús puede curarle; pero para eso es preciso, á imitación del hidrónico, pedirle esa gracia, acercarse á Él con fe viva, sin temor á las censuras y á los respetos humanos, declarar en su presencia la enfermedad con humildad y con deseo de curarse, y entonces Nuestro Señor cogerá por la mano al pecador, se extinguirá en él la sed devoradora de riquezas, entrarán en su corazón los sentimientos de generosidad y de caridad cristiana y recobrá la vida de la gracia y la verdadera salud.

La repugnante enfermedad que el hidrónico tenía en su cuerpo la llevaban los fariseos en su alma; y Jesús, á fin de curársela y de aplicar el oportuno remedio á la llaga de sus corazones duros y orgullosos, les dió la hermosa y sabia lección de que no se pusieran ellos por sí mismos en los primeros asientos, como acostumbraban hacerlo en todas partes, por la razón que daba Nuestro Señor, de que todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. También les recomendó que diesen convites en sus casas á los pobres con preferencia á los ricos, porque los ricos devuelven lo que se les da, mientras que lo que se da á los pobres lo devuelve y recompensa Dios.

Al oír este consejo, exclamó uno de los convidados : «¡Dichoso aquel que esté en el festín del reino de Dios!» Y Jesús dió por respuesta la parábola de los que rehusan asistir al convite del padre de familia, en el que sucedió que unos de los invitados primeramente alegaron varios pretextos y no fueron: uno fué á ver una tierra, otro fué á probar los bueyes que acababa de comprar, y el otro respondió que tampoco podía asistir, porque acababa de casarse; por donde se ve que el cuidado desordenado de los negocios temporales aparta á los hombres de ocuparse en las cosas referentes á Dios y á la eterna salvación. Con razón pudo decir el Apóstol que todo lo que hay en el mundo no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida. El padre de familia, visto el desaire que le habían hecho los llamados, reunió los pobres, los tullidos, los ciegos y hasta los que estaban vagando por los caminos, y quiere que se los obligue á entrar en el convite para que la casa esté llena de convidados. Esa es la profecía de la vocación de los gentiles y de la multitud de pecadores que serían lavados de sus culpas y revestidos del adorno y traje de fiesta para entrar á participar del festín de Dios, pues, como los soberbios se niegan y resisten esa gracia, son escogidos los humildes para gozar de ella. «*Llamadlos y reunidlos en los caminos y por los cercados y forzadlos á entrar.*» Expresión que tanto ha inquietado á los herejes y tanto ha escandalizado á la falsa ciencia de todos los heterodoxos y de un gran número de

ortodoxos. Los gentiles han venido, dice San Agustín, de los lugares y plazas públicas y de las encrucijadas, y los herejes vienen de los cercados, porque todos aquellos que ponen vallas y cercados establecen divisiones : se desea que se retiren de esos valladares y que sean librados y arrancados de entre las espinas, y ellos no quieren ser compelidos, y dicen que lo harán por su propia deliberación y voluntad. Mas eso no es lo que Dios ha dispuesto en estas palabras : «*Compeledlos para que entren.*» Porque la violencia viene de fuera, y allí nace y tiene origen la voluntad que manda emplearla; y esa violencia, según sentir de San Gregorio, viene con frecuencia directamente de Dios y de su infinita misericordia. Entran, pues, por violencia aquellos que, despedazados y náufragos de las adversidades del mundo, vuelven al amor y reconciliación con Dios, y de ese modo se libran de la terrible sentencia que se pronunció en estos severos términos : «*Yo os digo que ninguno de aquellos que fueron invitados y se resistieron á venir gustará de mi festín.*»

Jesús se volvió á Jerusalén para la fiesta de la Dedicación, y algunos de los fariseos se avistaron con él para aconsejarle que debía huir, porque Herodes quería quitarle la vida; y Nuestro Señor, que conoció sin duda que estos hombres oficiosos eran enviados por el mismo Herodes, les contestó : «*Marchad y decid á este raposo : Hé aquí que yo arrojé los demonios y curo los enfermos hoy y mañana, y al tercer día todo estará consumado; pero que, sin embargo de eso, es necesario que yo*

camine hoy y mañana y el siguiente día, porque no conviene que un Profeta sea muerto fuera de Jerusalén.» Y después de haber emitido ese pensamiento, quedándose más conmovido por el castigo que estaba reservado á la Jerusalén culpable que por su propio suplicio y pasión, dejó un momento libertad á su corazón para que se revelase con el lenguaje elocuente de todo su amor y de todo su dolor, exclamando : «*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas á los Profetas y apedreas á los que te son enviados, cuántas veces he querido reunir tus hijos, como la gallina recoge sus pollos bajo sus alas, y no lo has querido!*»

Los fariseos de Jerusalén, resueltos ya á librarse de Él y quitarle de su vista, le acometieron en el Templo con una de esas preguntas capciosas que ellos habían meditado y preparado expresamente para perderle. «*¿Hasta cuándo, le dijeron, nos tienes tú en suspenso? Si eres el Cristo, dínoslo muy alto.*» Claro está que lo que ellos preguntaban ya lo sabían, y Jesús había satisfecho ya á esa pregunta hacía mucho tiempo; pero su intento era comprometerle. Todo el mundo esperaba un reino temporal del Cristo; y diciendo Jesús que Él lo era, por esa sola palabra había ya, según el juicio de ellos, un delito de rebelión contra la dominación del César de Roma; y si, por el contrario, Jesús se callaba, su silencio serviría para autorizar la incredulidad de los que le aborrecían y calumniaban.

La pregunta de los fariseos podría tal vez embarazar y hacer vacilar á la prudencia humana; y al hacerla, habían olvidado

la sabiduría divina y no habían tenido en cuenta que podía confundirlos y avergonzarlos; mas Nuestro Señor, que no quería triunfar de ellos como un conquistador ordinario del mundo, ni tampoco perecer y morir como un sedicioso, creyó conveniente no dejar ni un solo pretexto á su mala fe y perversa intención, y así les dijo: «*Yo os hablo, y vosotros no me dáis crédito. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Yo y mi Padre somos una misma cosa.*»

Al oír ellos tales palabras, cogieron piedras para arrojárselas; habían comprendido lo que había dicho Jesús, pero no lo confesaban, y convenía conocer su voto y parecer para que sus palabras mismas fueran la respuesta que querían arrancar de los labios de Jesús; por eso Nuestro Señor continuó diciendo: «*Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas con el poder de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?*» Á lo que contestaron los judíos que no le perseguían por ninguna obra buena, sino por sus blasfemias y porque, siendo hombre, se hacía Dios.

Sin apartarse de la prudencia que usó en todas sus obras, y en su trato y enseñanza á los extraviados y perversos, Jesús confirmó lo mismo que ellos habían oído ya de sus labios y les dijo: «*¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: Vosotros sois Dioses? Si, pues, la Escritura, que no puede reprocharse, llama Dioses á los jueces de Israel, ¿cómo es que vosotros decís á Aquel que el Padre ha santificado y enviado al*

mundo; cómo, repito, decís: Tú blasfemas, porque Él ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras que hace mi Padre, no me creáis; pero si las hago, entonces, aunque no deis crédito á mis palabras, al menos creed á mis obras, y conoced y creed que el Padre está en mí y que yo estoy en Él.» Los judíos, oído ese discurso tan concluyente del divino Maestro, no pretendieron discutir ni razonar más, y buscaron y estudiaron el modo de apoderarse de Él; pero Jesús se escapó, como antes ya lo había hecho, bien haciéndose invisible, ó bien dejándolos á ellos inmóviles, y salió de Jerusalén.

LA OVEJA, LA DRACMA Y EL HIJO PRÓDIGO

Jesús se fué al otro lado del Jordán, donde Juan había principiado á bautizar, y permaneció algún tiempo allí, atrayendo con su bondad paternal multitud de gentes y muchos publicanos y pecadores, no rechazando á ninguno de ellos, sino instruyéndolos á todos, por lo cual los fariseos, los doctores y los escribas, que siempre eran los mismos por su envidia y malicia, no cesaban de censurar y condenar su dulzura y condescendencia para con la gente de baja condición y de mala fama; y para deshonrarle, decían: «*Mirad este hombre cómo recibe los pecadores y come con ellos.*»

Á esa murmuración contestó Jesús proponiendo la parábola del buen pastor, que deja las noventa y nueve ovejas de su